

Recuerda el Secreto

Elisabeth Kübler-Ross

Ilustraciones
Heather Preston



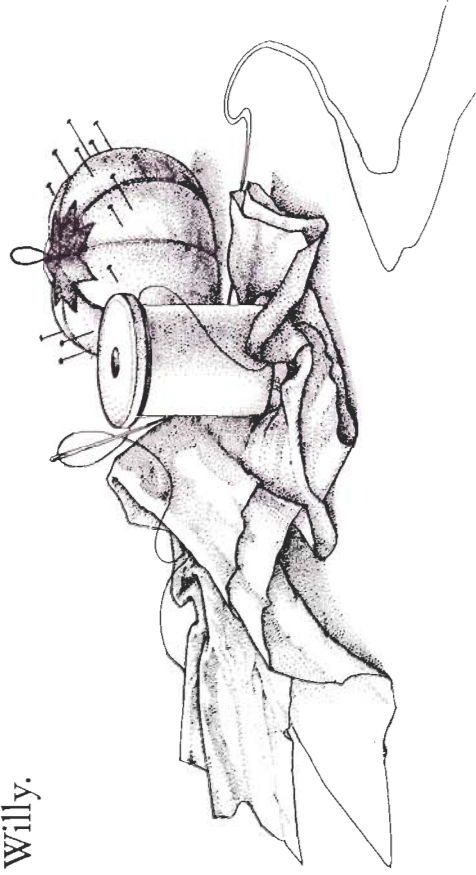
Ediciones
Luciérnaga

Peter y Suzy eran buenos amigos. Eran vecinos y ya compartían secretos mucho antes de ir a la escuela.

Jugaban juntos en el patio de Suzy y construían preciosos castillos en la arena del parque, cerca de la madreseiva. Nadie sabía que no estaban solos, nadie les había oído hablar con dos amigos muy especiales que les contaban cosas que los mayores parecían no saber ni comprender o que quizás ya habían olvidado.



Desde que murió el padre de Suzy hacía un año, su madre se ganaba la vida cosiendo para otras personas. Tenía dificultades para pagar las cuentas y muchas veces estaba triste y preocupada. A veces mandaba a Suzy entrar en casa incluso antes de que oscureciera, justo cuando a Suzy y a Peter les estaban visitando sus amigos especiales: Teresa y Willy.



Willy siempre animaba a Suzy a obedecer a su madre. También le cantaba y la hacía reír diciéndole que su risa era una bonita manera de hacer feliz a la gente y a Dios. Si Willy no la hubiese ayudado, probablemente ahora Suzy tendría un rostro triste como el de su madre.

Los padres de Peter trabajaban y la madre de Suzy cuidaba de él hasta que sus hermanos regresaban de la escuela.

Cuando el autorcar de la escuela paraba frente a la puerta, Peter salía corriendo a su encuentro. Él trataba de hablarle de Teresa, su amiga especial que le cuidaba cuando estaba solo con Suzy, pero sus hermanos se reían de él.

«Está un poquito loco», decía John.

«Espera a que vaya a la escuela, se le acabarán todas estas tonterías», añadía Emma apresurándole para preparar la mesa antes de que sus padres regresasen del trabajo.

Una noche Peter se acostó muy triste. «¿Por qué John y Emma no conocen a Teresa y a Willy?» se preguntaba a medida que el sueño le vencía.

De pronto percibió un extraño ruido en sus oídos, se elevó hasta el techo de su habitación y se quedó flotando allí. Luego atravesó el tejado de su casa y ascendió por encima de la pequeña ciudad donde vivía hacia las nubes y las estrellas.

¡Estaba volando! Miró hacia su casa y se vió a sí mismo durmiendo tranquilamente en su propia cama. «¿Cómo puede ser?» se preguntó Peter. «¿Cómo es posible que esté en la cama en casa y aquí arriba al mismo tiempo?» ¡Era tan magnífico!



Nunca se había sentido tan feliz, tan ligero, tan plenamente libre y sin miedo. No podía entender nada de lo que estaba ocurriendo, pero al poco rato descubrió que podía ir donde quisiese con la velocidad de su pensamiento.

Más tarde se dio cuenta de que Teresa y Willy estaban volando junto a él. Estaban contentos al ver la gran sonrisa que alumbraba su cara mientras disfrutaba de la emoción de su primer viaje fuera del cuerpo.

Peter pensó en Suzy y quiso compartir con ella esta aventura. Los colores eran brillantes y preciosos y en el aire sonaba una música extraña y hermosa.



El simple hecho de pensar en Suzy trasladó a Peter a la habitación de ésta, donde la encontró sollozando sobre su almohada. Su madre la había regañado por «no decir la verdad». Suzy sólo había tratado de contar a su madre la visita de Willy en la arena del parque y lo que le había dicho acerca de hacer feliz a la gente y a Dios con su risa.

De pronto, Willy se encontró junto a Suzy tendiéndole amablemente la mano y, antes de que pudiese darse cuenta, Suzy siguió a Peter y a Teresa al otro mundo.

Willy les guiaba cantando mientras flotaban:

«Ven a mi mundo, mi amor.

Ven a la tierra donde hay paz;

Ven a la tierra donde hay amor;

Ven a la tierra sin dolor, sin lágrimas.

Ven a mi mundo, mi amor.»

Suzy y Peter jamás habían oído una voz tan hermosa, jamás habían visto unos colores más maravillosos. Sus movimientos eran ágiles, como si hubiesen sabido volar durante toda su vida.

Cuando pararon, se encontraron en un lugar lleno de flores que olían más dulce que la madreselva. Había mucha gente de todas las edades y colores. Todos parecían hermosos y estaban felices juntos (no había empujones, avalanchas, censuras, reproches ni peleas). Todo era como podía y debía ser pensó Peter, pero realmente no comprendió por qué jamás había esa paz y amor en su propia casa.

Teresa y Willy lo condujeron a un trozo de césped situado en la orilla de una cascada. La cascada parecía crear reflejos de imágenes en el estanque especialmente para ellos.

Teresa y Willy tiraron sus ropas sobre la hierba y chapotearon en el estanque transparente como el cristal, invitando a Suzy y a Peter a unirse a ellos.

¡Eso era todavía más divertido que las visitas en la arena del parque! Allí nadie se sorprendería porque no estuviesen vestidos. Peter se preguntó si su padre se enfadaría si los viese entonces.

Willy sabía todo lo que Peter pensaba y dijo suavemente a Peter y a Suzy que Dios había creado nuestros cuerpos y que debíamos estar orgullosos de ellos; que nunca debíamos compararlos como más o menos hermosos y que no existían dos iguales en toda la galaxia.

Suzy quiso saber qué era una galaxia y durante mucho tiempo hablaron, escucharon, rieron y disfrutaron de esta experiencia.







Cuando estaban juntos, sus lenguas y labios no emitían sonidos y, sin embargo, todos podían entender y responder a los pensamientos de los demás. A Peter le recordó a dos niños que vio una vez en el autobús.

No podían ni oír ni hablar y se comunicaban en silencio. La única diferencia era que en el mundo en el que se encontraban no tenían ni que mover las manos.

Teresa salió despacio del agua y señaló a una luz lejana.

«¡Enseñémosles algunas de las estrellas de nuestra galaxia!»

Y así partieron, bailando sobre miles de estrellas.



No hacía ni frío ni calor, no era ni oscuro ni muy claro. Mientras bailaban, reían y viajaban con la velocidad de sus pensamientos, Teresa y Willy continuaban sus enseñanzas:

«Dios creó este mundo hace millones de años. Había muchos animales, todos de diferentes formas y clases. Dios dio a todos la oportunidad de crecer, de desarrollarse, de ajustarse y adaptarse a los cambios de su mundo.»

«Sólo los humanos parecían sobrevivir al clima cálido y al frío, a las olas de calor o a la nieve y el hielo. Aprendieron a convivir, a construir refugios, a cubrir sus cuerpos con pieles y hojas y a comprender el mundo en que habitaban más rápidamente que cualquier otro animal.»

«Y ocurrió que Dios los llamó de nuevo y les descubrió un gran regalo para toda la humanidad.»

«Desde este momento Él crearía nuevas almas que pondría en esta galaxia. Todas serían pequeñas partes de Él; y todavía les daría otro regalo más: el regalo de la libre elección, ¡podrían escoger!»

«Las almas buscarían en el planeta Tierra el lugar que más les gustase. Decidirían lo que les gustaría aprender y lo que les gustaría ser. Pensarían cuidadosamente cómo podrían mejorar el mundo, cómo podrían contribuir al bienestar de todos. Todo lo bueno que hiciesen serían los regalos que llevarían a Dios cuando terminasen sus misiones (sus destinos preelegidos) y volviesen a casa, a su Creador, al Dios de donde todos venimos.»



«Tú eres un regalo de Dios; valóralo. Tú eres especial y hermoso, todos vosotros, cada uno es una faceta diferente de la Divinidad...»

«Lo que haces de tu vida es el regalo que le devuelves a Dios, al Origen, al Creador de toda vida», añadió Teresa con dulzura.

Sus ojos brillaban y su rostro irradiaba. Su vestido blanco tenía anchas mangas y cuando extendía sus brazos, los bordes del cuello y las mangas relucían como si estuviesen cubiertos de oro puro.

Teresa dijo que ya era hora de que Peter y Suzy regresasen a sus camas y Willy cantó para ellos por última vez su canción favorita.

«**A**hora recuerda, cuando despiertes te sentirás muy descansado y feliz. Pensarás que ha sido un sueño, pero recuerda siempre que estamos a tu lado aunque no puedas vernos. Este será tu secreto especial.»

«Recuerda el amor y la paz de nuestro mundo y ten presente que no debes nunca juzgar ni criticar a los demás; todos están aprendiendo y creciendo. Trata siempre de comprender y amar a cada persona que encuentres.»

Se abrazaron todos. Peter y Suzy jamás habían experimentado tanto calor y amor. Cuando se despertaron ya estaban en sus propias habitaciones.



El verano llegó y pasó. Las hojas comenzaron a caer y Peter y Suzy se veían cada vez menos. Suzy empezaría el colegio pronto. Peter había empalidecido y se había debilitado. El médico de la familia dijo que lo mejor sería que le hiciesen unas pruebas en un gran hospital de la ciudad vecina.

Suzy le echaba de menos y quería enviarle una nota al hospital, pero todavía no sabía escribir. Tampoco podía pedir a su madre que se la escribiese puesto que hubiese tenido que suprimir la parte más importante: el mensaje de Teresa y Willy, que le habían dicho que Peter se uniría pronto a ellos.

Suzy estaba sentada sola en la arena del parque tratando de pensar en la forma de enviar un mensaje a Peter. Pensó en todo lo que había aprendido de sus amigos especiales y de pronto se le ocurrió que podría visitar a Peter durante el sueño.

Si ella podía volar de una estrella a otra, de la cascada al jardín de la gente hermosa y feliz, también sería capaz de volar al hospital.



Suzy sabía que no permitían a los niños visitar a los pacientes en el hospital. «Una regla estúpida» se dijo a sí misma y luego recordó lo que Teresa había dicho acerca de no criticar ni juzgar a los demás. Nunca tenía que criticar a las demás personas ni sus reglas si quería aprender a amar incondicionalmente.



La madre de Suzy acostó a su hija aquella noche y luego la besó dulcemente. Pensaba en cómo había cambiado Suzy en los últimos meses, en lo llena de sonrisas, carcajadas y felicidad que había estado y en lo ansiosa que estaba aquella noche. Por primera vez en mucho tiempo la madre de Suzy sonrió.

Aunque todavía echaba de menos a su marido, se sentía menos sola. ¡Si Suzy dejase de pensar en esos compañeros de juegos imaginarios! Pero pronto regresaría a la escuela y probablemente se olvidaría de Teresa y Willy, pensó mientras abandonaba la habitación.

Cuando Suzy se estaba adormeciendo, sintió que alguien la tocaba suavemente en el hombro y oyó una dulce voz que le decía: «Peter lo sabe; pronto estará con nosotros...»

Suzy se agitó y dio vueltas en la cama. Se preguntó si los padres de Peter sabían dónde iba a ir él pronto. También se preguntó por qué los adultos no saben que todos vamos al lugar maravilloso cuando Dios nos llama, donde nunca se castiga a nadie por ser malo, donde nadie conoce el dolor, la pena ni la tristeza y donde uno puede bailar de estrella a estrella...

El domingo Peter regresó a casa del hospital y la madre de Suzy la llevó a la casa vecina a visitarlo durante unos pocos minutos. Él estaba extraño y diferente. Sus labios estaban secos y tenía grandes sombras debajo de los ojos. Suzy deslizó unos cuantos granos de tierra en la mano de Peter y le dio un poco de madreSelva. Quizás él entendería lo que ella trataba de decirle.

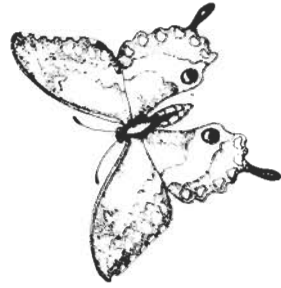
Los ojos de Peter la miraron fijamente y parecía como si tuviese problemas para hablar o pensar. Suzy sabía que moriría pronto.

La tierra resbaló entre sus dedos y la madreSelva se quedó en la sábana. De pronto, una débil sonrisa apareció en su rostro y murmuró: «¿Recuerdas el secreto?»

Ella asintió tocando cariñosamente su mano caliente que todavía trataba de agarrarse a los últimos granitos de tierra. Los ojos de Suzy se llenaron de lágrimas y antes de que pudiese decir adiós ya la habían apartado de la cama y se encontraba en el pasillo.

Recuerda el secreto resonaba en sus oídos.





Una semana más tarde, la madre de Suzy la llevó al funeral de Peter. Estaba de pie entre muchos adultos y sólo pudo ver la cara de Peter durante unos momentos cuando pasó junto al ataúd aún abierto.

Sus manos estaban cruzadas sobre su camisa blanca, sus ojos cerrados y sus labios muy pálidos. Pero Suzy sabía que éste no era el Peter de verdad. ¡Él había abandonado su cuerpo como una mariposa deja su capullo cuando es hora de salir, de volar!

Suzy cerró los ojos. Oyó a los mayores llorar y susurrar, pero ella estaba en otro lugar con sus pensamientos. Sabía que Peter estaba con Teresa y Willy y oyó la voz de Willy cantando:

«Ven a mi mundo, mi amor.

Ven a la tierra donde hay paz;

Ven a la tierra donde hay amor;

Ven a la tierra sin dolor, sin lágrimas.

Ven a mi mundo, mi amor.»

Suzy vio el vestido blanco de Teresa, su largo pelo castaño y su mano extendida. Vio a Peter entre ellos radiante, riendo, cantando con Willy. De alguna manera, ella sabía que Peter la visitara con Teresa y Willy de vez en cuando. Él la ayudaría cuando se sintiese sola, cuando su madre estuviese cansada o cuando los deberes del colegio pareciesen difíciles, o cuando estuviese en la arena del parque, cerca de las flores, con los ojos cerrados y recordando su susurro: «Recuerda el secreto...»

Suzy no estaba atenta a la ceremonia que se celebraba en la iglesia. Casi todos los adultos lloraban pero ella no podía hacerlo. Recordaba los maravillosos momentos que habían pasado juntos. Jamás habían sido desagradables con el otro, jamás se habían empujado o dado una patada. Tanto ella como Peter siempre habían recordado el amor que habían sentido estando con Teresa y Willy, y siempre habían esperado convertirse en seres tan maravillosos como sus ángeles de la guarda, ya que ahora Suzy estaba segura de que eso es lo que eran Teresa y Willy.

Justo cuando estaba pensando en esto, el Reverendo dijo: «...y Peter es ahora un ángel...» Entonces supo que estaba bien pensar en Peter de esa manera, coincidiendo con el sacerdote.

Miró a su madre y vio lágrimas en sus ojos. Le vino otro pensamiento: después de todo, quizás ella podría hablar a su madre de Teresa y Willy si le explicase que eran ángeles: ángeles de la guarda. Y tal vez pudiese decirle que en algún lugar en el mundo de Teresa y Willy su padre era también un ángel, feliz en el mundo de amor y paz.

Entonces, un brillante parpadeo de imágenes cruzó la mente de Suzy. Le pareció verse a sí misma en el colegio, creciendo, incluso haciéndose mayor, y a través de todos esos años tendría tres amigos fieles que la visitarían: Teresa, Willy y Peter, sus ángeles de la guarda. Y entonces supo que su padre también iría a visitarla siempre que ella le necesitase.

De nuevo oyó el susurro familiar de Peter. Esta vez ella le respondió: «Por supuesto, por supuesto lo recordaré», dijo en silencio. «Siempre recordaré el secreto».

